

## LA CAPILLA DE LOS CABALLEROS DE LA CATEDRAL



MPORIO de magnificencias es la capilla de los Caballeros, fundación de los Albornoces en el siglo XV, linaje que se remonta hasta descender de un hijo natural de Alfonso V de León, cuya nieta Teresa Alvarez casó con el hijo del conde de Cabra, ayo del Infante don Sancho, único hijo varón de Alfonso VI. El cual, en la primavera de su vida, pereció con su ayo en la rota de Uclés, en 1108, cuya desventura trágica, con los desgarradores lamentos del padre, versificó Alfonso X el Sabio.

Su nieta doña María enlazóse con don Alvaro de las Mariñas, señor de la villa de Moya, abuelo de García Alvarez, cuyo hijo don Alvaro García de Albornoz desposóse con Margarita, nieta del Infante don Juan Manuel. Su descendencia acabó con su nieta María, esposa repudiada de don Enrique de Villena.

Fueron famosos los Albornoces por su resistencia a los desmanes de Pedro el Cruel, por su caballeresca defensa de la Reina Doña Blanca de Borbón, desventurada esposa del Monarca, y mantuvieron inquebrantable su fidelidad a Enrique de Trastámara, que a su advenimiento al trono de Castilla los colmó de dádivas y mercedes.

Dió gloria y honor a esta precara familia don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, que, huyendo de las iras de Pedro el Cruel, buscó refugio en la sede papal de Avignón, donde fué elevado a la dignidad cardenalicia, y acaudillando las huestes pontificias lució sus dotes de esforzado capitán, pacificando los revueltos Estados Pontificios, adueñándose de Roma y facilitando el inmediato regreso de los Pontífices a la Ciudad Eterna.

No olvidó a su patria, quizá por más lejana, más amada, pues fundó el famoso Colegio de Bolonia a fin de que los españoles cursaran Derecho en las aulas de aquella renombrada Universidad, establecimiento que conserva sus bienes y cumple

todavía los fines de su benemérito fundador.

Los padres y los hermanos del egregio purpurado recibieron honrosa sepultura en esta capilla, cuyas tumbas ordenó restaurar el cardenal. Amante de los suyos, instituyó capellanías para que se ofreciesen sufragios por su eterno descanso y el de sus deudos y familiares.

La capilla sufrió grandes desperfectos con la fábrica de la girola de la Catedral, que acometió en 1520 el obispo don Lope Barrientos, siendo restaurados sus destrozos por uno de sus descendientes, don Gómez Carrillo de Albornoz, canónigo tesorero.

Dos rejas la aislan del templo, una de ellas rebosante de galanos primores, grandiosas en sus dimensiones, es tan sutil y aérea como frágil encaje tejido por ángeles. Delicados dorados matizan los primores ojivales, en los que culmina el apogeo de su glorioso artífice lemosín. Ostenta en su parte interior el siguiente lema: «Sacellum Militum» y «Opus Thesaurari» en la exterior.

La otra reja, situada a los pies de la capilla, es más modesta y queda eclipsada por la soberana belleza del pórtico renacentista que la encuadra, orlado de frondosas labores y decorado su cuerpo superior con un lúgubre esqueleto, que muestra sus descarnados miembros y sus vacías órbitas, diciéndonos de la fragilidad de las humanas grandezas con acentos vigorosos y realistas brotados de las manos del maestro Flórez.

La reja ostenta en su parte interior la siguiente inscripción: «Devictis militivus mors triunfa», y en la exterior «Disrupta magna vetustate restituta sit perpetuo». El macabro atavío bautizó esta portada con el pavoroso nombre de la Muerte.

Los altares y sepulcros que pueblan su sagrado recinto son obra del maestro Flórez. La vasta y hermosa bóveda está iluminada por ventanas angostas, cuyos secula-

## CARTAS DE MUJERES

res vidrios, esmaltados por linajudos blasones, acarician con sus tornasolados destellos las arcaicas sepulcrales donde duermen su eterno sueño el noble García Alvarez, progenitor del cardenal. Lacia barba sombrea su anciano y bondadoso rostro y una toca ciñe su cabeza. Su hijo Alvarez García de Albornoz, mayordomo del Rey Enrique II envuelve su cuerpo en férrea armadura, y casco con visera protege su cabeza.

Al calor bienhechor de sus antepasados se acogió el obispo Palafox y Croy, al que erigieron clásico cenotafio semejante al de los prelados Falcón y Valero, que desafina en la sublime sinfonía de esta capilla, realizada por sus retablos enriquecidos con pinturas de Hernando Yáñez de la Almedina, ejecutadas con tan soberano dominio de la técnica, que por algún tiempo han sido atribuidas a su maestro el gran Leonardo de Vinci. Lienzos de Orrente, y hasta hace poco una hoja de un tríptico de Menling, contribuyen a su decorado.

Quizá por sentimientos de modestia o humildad la madre del egregio purpurado fué sepultada en el suelo. Magistral lauda o lápida, labor del maestro Flórez, cubre los restos de la noble dama Teresa de Luna, amortajada con hábito monjil de elegantes pliegues. Sólo descubre, pudorosa y recatada, las manos aristocráticas y el bello rostro, en el que su artífice plasmó todo el frío de la muerte. Infundió el maestro Flórez acentos de tanta vitalidad a la ingrata piedra, que la lauda parece modelada en blanda cera. Una plancha de madera la vela de profanadoras miradas y la preserva de inclementes pisadas.

En el pavimento, esmaltado de otras laudas bronceas decoradas con relieves de los evangelistas, reposan el restaurador de la capilla don Gómez Carrillo de Albornoz, a su lado su hermano Luis, casado con doña Inés Barrientos, la intrépida dama cuyo recuerdo perpetúa la historia, asociada a implacable venganza, y un hermano natural del benemérito restaurador. Vela por el sostenimiento del culto, su patrono, el duque del Infantado.—Antonio WEYLER.

ALFONSINA.—Su carta, querida *dolorosa*, está empapada de una tristeza que usted califica de incurable y no hay tal. El dolor de amar no es duradero, bien es verdad que hay seres nacidos bajo el signo de la adversidad como si las hadas se regocijasen en la desgracia, pero la juventud y la conformidad vencerán ese estado. Si tiene confianza en su cariño, si el te ama, estas tempestades no harán zozobrar vuestra dicha. Si ha faltado a la novena, perdónale, y pide a Dios que se enmiende y cesen estas rabietas.

Mi consejo, encantadora enamorada, es que vayas preparando el momento de la petición de mano.

\*\*\*

CAVELITA.—No creo infundadas sus sospechas, aun cuando tampoco considero apreciable la circunstancia que usted interpone como prueba concluyente. Hay procedimientos de forma que no todos están en el deber no sólo de conocer sino de comprender. Si tanto a usted como a él les guía un sentimiento firme, la comprobación fatalmente habrá de producirse. Conviene una expectativa prudente: lo suficientemente discreta para que no se traduzca en recelo mal intencionado.

\*\*\*

DESCHICHADA (M. D.)—Le ha descubierto usted todos los defectos que no se descubren cuando hay amor. De todo eso deduzco que en efecto usted no le quiere y que va hacia adelante arrastrada por ridículos convencionalismos, ya sin fuerzas para sustraerse a los hechos. Advierto, además, que el consejo que usted me pide deberá conformarse a sus deseos, demasiado evidentes para no advertirlos. Lo cual no obsta para que mi opinión coincida con la suya; pero es su corazón el que deberá definir este pleito, en el cual está en juego no solo su elección afectiva, sino también la felicidad de su vida. En consecuencia, proceda mucho antes de que los acontecimientos la envuelvan impidiéndole la huida.

Don CONSEJILLOS.